

SERVICIO ESPAÑOL

DE INFORMACIÓN

Textos y documentos

Número 284

Valencia, 12 de Noviembre de 1937

María Carbonell, 2

Italia y los desórdenes de Palestina

(De nuestro enviado especial en Jerusalem)

Los actuales desórdenes de Palestina, la revuelta de los árabes contra el plan de división del país propuesto por los ingleses y contra la creación de un Estado judío, constituyen, para la Gran Bretaña, el más grave peligro.

En efecto, Palestina se ha convertido, en estos últimos tiempos, en uno de los puntos neurálgicos del Imperio británico; desde que Malta—situada demasiado cerca de las bases italianas—ha sido casi abandonada por la Escuadra del Mediterráneo, el puerto de Haifa (en donde termina la cañería que lleva el petróleo de Mossul), es el punto de apoyo principal de las fuerzas navales inglesas en Oriente. Por último, como el Tratado anglo-egipcio estipula la evacuación de las tropas inglesas de las orillas del Nilo, éstas han sido trasladadas a Palestina, en donde se hallan para defender el Canal de Suez y cuyo gasto de manutención, para desesperación de los judíos, corre a cargo del presupuesto del país. Además, las rutas aéreas del Imperio pasan por Tierra Santa.

Palestina, es, al mismo tiempo, uno de los puntos más vulnerables del Imperio, debido al conflicto permanente e insoluble que existe entre sus dos poblaciones: judía y árabe. Esta última se alza sin cesar contra la administración británica. La resistencia árabe está apoyada por la potencia que, hoy, en todas las partes del mundo y, especialmente en el Mediterráneo, se opone a Inglaterra: Italia.

Las tentativas de dominio de Italia sobre el mundo árabe, de lo cual se ha dado cuenta la gente hace sólo unos meses, cuando el *duce*, citando la espada del Profeta se proclamó, a imitación de Guillermo II antes de la guerra, defensor del Islam, datan, de hecho, de hace más de diez años.

Italia, olvidada durante la distribución de mandatos en el Próximo Oriente, quiere tomar su revancha y atraerse las simpatías del mundo árabe adhiriéndose a sus reivindicaciones más agresivas.

El esfuerzo de penetración emprendido por los italianos en todos los países árabes, pero, especialmente, en las naciones ribereñas del Mediterráneo, Siria y Palestina, ha sido muy poderoso y sus huellas son fáciles de discernir.

En primer lugar, las inversiones de capital.

Un paseo por el centro de Jerusalem basta para darse cuenta de que algunos de los edificios más modernos y más imponentes pertenecen a la gran Sociedad de seguros de Trieste, «Assicurazioni Generali». En el dominio del crédito ocurre igual, el Banco de Roma excede con mucho a todos los demás Bancos extranjeros y, hecho curioso, desde el año pasado, en Palestina, todas las sociedades italianas cuyos documentos estaban redactados en italiano, inglés, árabe y hebreo, han suprimido los textos hebreo e inglés.

Las líneas de navegación italiana envían a los puertos del Próximo Oriente trasatlánticos de lujo, flamantes—con los cuales los pobres barcos viejos de nuestras «Messageries» no pueden luchar—al mismo tiempo que practican las tarifas más bajas de todas las líneas de vapores, verdaderos precios de «dumping». A los viajeros árabes se les hacen rebajas im-

portantes, bajo cualquier pretexto y especialmente cuando se trata de excursiones colectivas a Italia.

Por último, los italianos recogen en sus Universidades a centenares de estudiantes árabes, que no sólo están dispensados de todo gasto de estudio, sino que gozan casi siempre del beneficio de becas.

Este esfuerzo considerable, material y moral (en este último dominio debemos citar la propaganda en árabe que realiza la estación de T.S.H. de Bari), ¿habrá dado ya sus frutos? ¿Habrá conseguido Italia ganar la amistad del mundo árabe hasta tal punto que pueda servirse de ella contra Inglaterra?

He hecho esta pregunta a varias personalidades árabes, políticos, intelectuales; al Presidente del Consejo de Siria, Jemal Mardam Bei, y a los profesores de la Universidad de Damasco. Todos me han respondido: «Si los árabes tuviese que decidir entre Francia, Inglaterra e Italia, es evidente que no sería a esta última a quien eligieran. Saben perfectamente que la colonización francesa o inglesa es una colonización de dominio y de capitales que no perjudica a la población indígena y que, por el contrario, le aporta ventajas materiales. La colonización italiana es una colonización de hombres, en detrimento de los indígenas. Si, en Oriente, no se conoce a los ingleses y a los franceses más que bajo el aspecto de oficiales conquistadores, de grandes funcionarios, administradores y capitalistas, creadores de la riqueza material del país, se conoce demasiado y se desprecia profundamente a los pequeños comerciantes, artesanos y obreros italianos, que hacen la competencia a las gentes del país. Por otra parte, los árabes no han olvidado que si Mussolini se proclama hoy protector del Islam, hace diez años hizo exterminar a toda la población «senusita» de los oasis de Libia, y que en Etiopía, los procedimientos de colonización no han sido más humanitarios. Es cierto que los métodos del Gobierno autoritario del fascismo tienen para una parte de la juventud árabe una atracción innegable, pero todos los estadistas de los países árabes saben que el único peligro verdaderamente serio para su independencia (conquistada ya, como la del Irak—o solamente cercana, como la de Siria), proviene de la voluntad de expansión de Roma.

Pero si, en el mundo árabe, en general, el esfuerzo de propaganda italiana parece haber fracasado, en Palestina el caso es bien distinto; allí los árabes encontraban en Italia una aliada preciosa contra el adversario común: Inglaterra. Es pues, natural que la alianza entre los nacionalistas árabes de Palestina e Italia sea sincera—por lo menos provisionalmente—y total.

El hombre en quien los italianos habían puesto todas sus esperanzas en Palestina, era el Gran Mufti de Jerusalem—cuya reciente huida hizo conocer su nombre, a todo el mundo—. Sus ambiciones de jefe pan-árabe y su odio a los ingleses hacían de Mohammed Haj Amin el Husseiní, hasta la semana pasada, el hombre más poderoso de la Palestina árabe y el aliado nacional de Italia.

(Continúa en la página siguiente)

“LOS actuales desórdenes de

Palestina, la revuelta de los árabes contra el plan de división del país propuesto por los ingleses y contra la creación de un Estado judío, constituyen para la Gran Bretaña el más grave peligro”

Ataques italianos contra Mr. Eden

Le acusan de estupidez, incoherencia y elocuencia presuntuosa

ROMA, 2 noviembre. — El Gobierno italiano no perdió tiempo en redactar una mordaz réplica al discurso de Mr. Eden, ayer, en la Cámara de los Comunes. En un escrito oficial publicado en «Información Diplomática» y que muestra indicios de haber sido redactado por el propio Mussolini, dice:

«La Potencia que Eden no menciona es Italia. Según el ministro inglés de Negocios Extranjeros, Italia ha cometido la triple falta de haber combatido al lado de los aliados en la Gran Guerra y ayudado a su victoria común; de haber asegurado la unidad nacional y conquistado un imperio en Africa, por sus propios medios y su propia sangre, y, finalmente, de haber hablado a favor del pueblo alemán.

Tocante a Africa, es evidente en los círculos solventes de Roma que, mientras Inglaterra y Francia se repartían el inmenso imperio colonial alemán, Italia obtenía una mezquina compensación. De Inglaterra logró 91.000 kilómetros cuadrados de territorio en «Jubaland», de un valor muy relativo, y de Francia, 114.000 kilómetros cuadrados de auténtica arena, por lo cual dió parte de sus derechos en Túnez, sobre los cuales Francia regateó hasta el último instante.

Todo esto vino después de la solemne contratación imperial que Francia e Inglaterra asumieron hacia Italia en el Pacto de Londres cuando su objeto era asegurar nuestra intervención en la guerra.

Por último, ahí está Etiopía. Italia la conquistó por sí sola y contra todo el mundo, y en primer lugar contra sus aliados del pasado.

Mister Eden encontrará en los archivos del Foreign Office los extensos documentos de la labor hecha por él y el Gobierno británico para detener la marcha de la Italia fascista. Los argumentos de mister Eden no tienen, por otra parte, ningún valor. Italia puede expresar libremente un señalado criterio sobre la justa aspiración colonial alemana, porque no le quitó nada a Alemania.

Egoísmo ingenioso

Sin embargo, el furor italiano contra mister Eden se desencadena esta noche. «La incoherencia de mister Eden», «La presuntuosa elocuencia de Eden», dice la «Tribuna», y prosigue:

«El desconectado discurso de mister Eden es indudablemente una pe-

culiar demostración de ese ingenioso egoísmo que forma parte del temperamento británico. Mr. Eden no debe siquiera sospechar que la fábula de la omnipotencia británica, si aún existe en Inglaterra, está muy reducida en el resto del mundo.

El señor Virginio Gayda dedica tres columnas y media del «Giornale d'Italia» a una andanada.

Al mencionar las «estúpidas referencias» del secretario del Foreign en relación con el envío de tropas italianas a Libia, dice:

«Mister Eden vierte su siniestro odio sobre Italia y prosigue sus maniobras contra su aliada de ayer, al lado de los histéricos agitadores británicos que trataron de hacer un espectáculo del ejercicio normal de los derechos de la soberanía italiana.

La justicia del caso italiano no se puede discutir, pues Italia no ha tomado ni una ínfima parte del territorio alemán. El «duce» sostiene las pretensiones coloniales alemanas porque la solución de este problema es uno de los principales elementos de paz europea y era el más indicado para ello, puesto que las manos de Italia están limpias.» — REUTER.

(«The Manchester Guardian», 3 de noviembre de 1937.)

Buques de guerra alemanes en Tenerife

BERLIN, 31-X-37. — De Tenerife informan al «Berliner Boersen Zeitung» de que varios buques de guerra alemanes, entre ellos el acorazado «Schliesien», han arribado a Tenerife, donde fueron recibidos con entusiasmo. Las calles principales de Santa Cruz están adornadas con banderas alemanas. Los buques de guerra permanecerán aún algunos días en Tenerife.

Transporte de armas, malogrado

GIBRALTAR, 4-XI-37. — Gracias a un empleado del control, se ha malogrado ayer un transporte de armas para los rebeldes. El empleado registró un vagón que le pareció sospechoso y encontró en el mismo gran cantidad de armas y municiones. Las autoridades británicas fueron avisadas inmediatamente y detuvieron a un gran número de comerciantes de Gibraltar complicados en el asunto.

Italia y los desórdenes...

(Continuación)

La personalidad del Gran Mufti—de quien obtuve en la Mezquita de Omar algunos días antes de los acontecimientos que provocaron su huida—, la última entrevista que concedió a un periodista extranjero, merece ser considerada.

Miembro de una de las mejores familias de Jerusalem, los Husseini, que pretenden descender del Iman Hussein, nieto del Profeta—origen, desde luego muy discutida—Haj Amin fué educado primero en la escuela religiosa francesa y he podido constatar que habla el francés con alguna dificultad pero correctamente. Después, su padre, también Mufti de Jerusalem, lo mandó a la universidad islámica de Al-Aksar (El Cairo), en donde, durante varios años de estudio, tuvo que sufrir severas privaciones.

Al sobrevenir la derrota y la ocupación inglesa, volvió a su país y dió a conocer rápidamente su vocación de agitador. Los artículos, de una violencia extrema, dirigidos contra los judíos y los ingleses, que publicaba en los periódicos, fueron una de las causas de las perturbaciones de 1920. Al ser reprimidos los disturbios, Haj Amin, apresado, consiguió huir y fué condenado por rebeldía a diez años de cárcel. Pero un nuevo alto comisario, sir Herbert Samuel, israelita, llegó al país; particularmente preocupado por congraciarse con la opinión árabe, concedió una amnistía; el desterrado pudo volver a su país.

Un año más tarde murió el hermano de Haj Amin que había sucedido a su padre como Mufti. Entre los candidatos a la sucesión presentados a la elección del alto comisario por los nobles musulmanes, Haj Amin estaba muy lejos de ser el favorito; habían advertido a sir Herbert Samuel que era un hombre peligroso, de una ambición limitada y terriblemente xenófobo. Pero—pensó el alto comisario—si Haj Amin puede ser peligroso, he ahí un motivo más para concederle el puesto que ambiciona; de esta forma se verá unido de nuevo a la Gran Bretaña, de quien será funcionario y se reconciliará con los judíos.

Así, por una de las más curiosas paradojas de la historia contemporánea, un israelita liberal llevó al poder al hombre que debía ser en el futuro el enemigo más encarnizado de sus congéneres.

En efecto, la gratitud no inspiró nunca, en este asunto, los actos de Haj Amin, quien, desde su nombramiento, aprovechó la inmunidad que le conferían sus funciones religiosas para ser el animador y verdadero jefe de la lucha contra la emigración sionista y la administración inglesa. Este papel de héroe religioso y nacional, de defensor del pueblo árabe contra la invasión judía, le proporcionó, naturalmente, una enorme popularidad que le permitió eclipsar rápidamente a todos sus rivales y transformarse en un verdadero dictador oculto de la Palestina árabe, venerado, obedecido y sostenido por todos sus compatriotas.

Pero las ambiciones del Mufti no se limitaban a Palestina. Quería extender su influencia a los otros países árabes y también al resto del mundo musulmán. La lucha contra los ingleses y contra el sionismo—de la que era el héroe—le ofrecía un motivo de agitación incomparable; supo aprovecharlo con maestría. Recorrió todos los países árabes y fué hasta las Indias para despertar la solidaridad de los musulmanes con los árabes de Palestina. Evocó el pretexto de necesidad de defender el carácter musulmán y árabe de Jerusalem, para intentar hacer de esta ciudad el mayor centro cultural del mundo islámico. Una colecta fué hecha bajo su iniciativa en todos los países musulmanes para la creación en la Mezquita de Omar de una Universidad religiosa y los fondos recogidos fueron considerables. Siguiendo el mismo orden de ideas consiguió hacer revivir las peregrinaciones a la Mezquita de Omar, tan provechosas para su prestigio como para su bolsillo.

Por fin, en 1931, se celebró en Jerusalem un Congreso pan-islámico, del cual fué elegido Presidente y en el que se proclamó la solidaridad del mundo musulmán con los árabes de Palestina.

De esta forma, el Mufti se había convertido en uno de los personajes más eminentes del mundo musulmán, cuyo prestigio moral como defensor de la idea árabe estaba de tal forma arraigado que se podía permitir proponer su

arbitraje en la guerra entre Hedjas y Yemen, y contribuir así a la terminación de un conflicto entre dos pueblos hermanos, considerado por los árabes como una guerra civil.

Pero a pesar de todo su prestigio, era evidente que no podía alcanzar el fin que pretendía: consolidar su dominio en Palestina y su autoridad moral de árbitro, de jefe espiritual del mundo árabe, sin la ayuda de una potencia extranjera. Los ingleses—no reaccionando sino débilmente contra las campañas terroristas árabes y renunciando a perseguir al Mufti, a pesar de su papel evidente en la dirección y mantenimiento de la rebelión—continuaban aplicando la declaración Balfour sobre la creación del hogar judío. Era necesario obligarles a que renunciaran al procedimiento de los sionistas y, particularmente, a que abandonaran la idea de la creación de un Estado judío.

En mi entrevista con el Gran Mufti, éste me aseguró el deseo de los árabes de Palestina de luchar hasta el final contra el reparto de dicho país y su fe en la Providencia para ayudarles a vencer.

Pero yo sabía muy bien que el Mufti, fuera cual fuese su piedad, había buscado otros apoyos además del del poder divino. El año anterior, con motivo de la huelga general, le fué enviada de Roma una subvención de 60.000 libras. La historia fué divulgada después de un acontecimiento que se da con frecuencia en Oriente: el intermediario encargado de la entrega de la suma, creyó mejor guardarse la mitad para él. Una reclamación fué dirigida desde la Mezquita de Omar al palacio de Venecia y el joven Cónsul italiano que había presidido la transacción, tuvo que abandonar toda esperanza de hacer una carrera brillante y se marchó a una ciudad de América Central.

A pesar del mal entendido, Roma no se dió por aludida a juzgar por el hecho de que todas las armas capturadas a los rebeldes eran de origen italiano.

Hace algunos meses, cuando las negociaciones sobre el *Gentlemen Agreement* anglo-italiano, cuando fueron suspendidas las emisiones anti-inglesas del puesto de Bari, el apoyo de los italianos a los nacionalistas árabes tuvo igualmente que detenerse. Esta es, por lo menos, la explicación que se dió a la actitud relativamente conciliadora que el Gran Mufti en persona demostró durante algún tiempo.

Pero bien pronto, desde que empezaron los incidentes en el Mediterráneo, el Pacto italiano volvió a hundirse, y fué en Palestina donde estalló la nueva campaña terrorista que culminó en el asesinato del Gobernador inglés de Galilea.

Sin embargo, los italianos y aliados del Mufti parecen haberse equivocado sobre la actitud de los ingleses que, indignados de repente por el asesinato de uno de los suyos, han dado pruebas de una energía inusitada y destruido sin titubear todas las organizaciones de los nacionalistas árabes. La huida, poco edificante del Mufti, que parece haber sufrido pérdidas tan grandes en Palestina como en los demás países árabes, y su aureola de mártir y su prestigio de jefe, podría muy bien marcar el comienzo del fin de la influencia italiana en Palestina...

ANDRE PALERT

(«Marianne».—27-X-37.)

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este BOLETIN

Un gran periodista alemán es desposeído de su nacionalidad

BERLIN, 27. — Theodor Wolff, antiguo redactor jefe del «Berliner Tageblatt», ha sido desposeído de la nacionalidad alemana por decreto del ministro del Interior del Reich, aparecido en el diario oficial.

Sus bienes serán confiscados.

Como se recordará, Theodor Wolff, actualmente en el extranjero, ha adquirido una notoriedad mundial debido a los artículos que publicaba en su periódico, sobre política externa. Tiene 69 años.

El ministro del Interior ha desposeído también de la nacionalidad alemana a otras sesenta personas cuyos bienes serán confiscados.

(«Le Peuple», Bruselas, 29-X-37.)

LOS TOTALITARIOS Y LAS IGLESIAS

Después del hitlerismo, ¿encontrará la Iglesia un adversario no menos temible en el fascismo?

III

BRUSELAS. — Bajo este título, publica la «Libre Belgique», órgano católico conservador:

«Se ha observado últimamente, en un artículo atribuido a Mussolini, una alusión a las cuentas que el fascismo tendría que arreglar con cierto «catolicismo ondulado». El corresponsal del «Temps» en Roma da, a este respecto, datos bastante graves que hacen suponer que podría surgir un conflicto entre el Gobierno italiano y el Vaticano. «Los centros eclesiásticos romanos—dice—se han conmovido fuertemente por este artículo y se preguntan qué conviene pensar de él. Según unos, el jefe del Gobierno italiano hubiera querido dirigir una advertencia a los católicos extranjeros de tendencias democráticas que desdeñan al fascismo como un adversario irreconciliable con la doctrina de la Iglesia, como contrario al espíritu evangélico, y que para combatirle no vacilan en aliarse con partidos de izquierda más avanzados, comprendiendo en ellos al comunismo. El hecho es que desde hace tiempo la solidaridad de ciertos elementos católicos extranjeros con los rojos de España es criticada con pasión en los centros fascistas romanos. El llamamiento de diversas personalidades francesas en favor de los vascos que luchan contra los ejércitos del general Franco es considerado en Roma como un acto de complicidad bolchevique. Sin embargo, parece evidente que Mussolini, al amenazar con sus rayos a un cierto «catolicismo ondulado», no ha pensado en la actitud de los católicos extranjeros, la cual escapa a su jurisdicción. No puede, por otra parte, alcanzarla. Todo lo más, puede impedir que cierta literatura penetre en Italia. Por esto se podría uno preguntar si estas palabras, en lugar de dirigirse a los católicos extranjeros se refieren a ciertos católicos italianos que no están «unidos», es decir, que no son ortodoxos, en el sentido fascista. Sin embargo, estos católicos italianos filocomunistas son pocos. La iglesia italiana está en general, satisfecha del Concordato. El problema se plantea, pues, en saber si, al pronunciar estas palabras, Mussolini no ha mirado más arriba. Desde hace tiempo se comenta en Roma que las encíclicas de Pío XI tienden a referirse más bien a un sistema democrático que a un sistema fascista. Por otra parte, se puede preguntar si la lucha del Vaticano contra el hitlerismo no tendrá finalmente repercusiones sobre las relaciones entre el fascismo y el papado, puesto que el eje italoalemán no es solamente un lazo político, sino también un lazo cultural, y que ciertos principios del nacionalsocialismo, semejantes a los conceptos fascistas, son atacados por la Santa Sede. La frase de Mussolini podría, pues, muy bien, ser una advertencia a estas tendencias de la Santa Sede, tal como salen de las encíclicas. Sin embargo, hasta ahora no se ha notado ninguna reacción por parte del Vaticano. El «Osservatore Romano» no ha realizado la fórmula del «catolicismo ondulado». Es probable, sin embargo, que si se siente atacado, el Papa responda.»

Un juicio reservado del Vaticano

El «Boletín diario del Centro de Información Católica» ha publicado en su número del 11 de octubre la nota siguiente de su corresponsal particular en la ciudad del Vaticano: «En los centros autorizados del

Vaticano se está poco inclinado a dar una importancia exagerada a la alusión de un artículo del «Popolo d'Italia» al examen de la situación del fascismo en Europa, después de la entrevista de Berlín. En este artículo—en el que es fácil divisar inspiración—, después de haber pasado revista a los adversarios del fascismo: capitalismo, democracia parlamentaria, socialismo, comunismo y liberalismo, se habla de «catolicismo ondulado», con lo cual, dice el diario italiano, «quier decir día arreglaremos nuestras cuentas a nuestra manera».

Esta cita no designa claramente, ni el objeto, ni el género de amenaza; pero el hecho en sí mismo no deja de dar lugar a un gran número de comentarios, dada la notoriedad que se debe atribuir a los escritos de este género.

No se piense que esta amonestación haya tenido el designio de volver del revés a los católicos italianos, puesto que éstos, como tales, no tienen libertad de acción política; debe referirse a los católicos de otros países que participan en la vida pública, siguen directivas que no corresponden a las del fascismo o hasta son diametralmente opuestas. En este caso no se ve que la amenaza formulada en el citado pasaje pueda tener un efecto práctico.

En los centros autorizados de aquí se considera este pasaje únicamente como una satisfacción dada a la Prensa alemana y un tributo a la afirmación, tantas veces repetida de solidaridad espiritual de los dos regímenes; pues palabras del género de las escritas por el «Popolo d'Italia» provocan un juicio reservado.

Exégesis dirigida

La postura del catolicismo en el artículo del «Popolo d'Italia» es causa de un largo comentario en la «Stampa», bajo la firma del corresponsal de este diario en el Vaticano, M. Castelli. El autor, que es una personalidad bien conocida en Roma—donde pertenece al grupo de fascistas que son al mismo tiempo militantes católicos—, se esfuerza en demostrar que el «Popolo» no se refiere de ninguna manera a los católicos italianos. Al hablar de «catolicismo ondulado», el «duce» se referiría a los católicos extranjeros antifascistas, principalmente a los que, en Francia e Inglaterra, han protestado contra la expedición a Etiopía y que han manifestado sus simpatías por el Gobierno de Valencia.

Era natural que el «Popolo d'Italia» reaccionara contra esta tendencia de catolicismo ondulado que podía encontrar algunos partidarios aislados, de buena o mala fe, aún en Italia y que haya señalado a quien corresponde una actitud que no tiene un carácter político nacional, y que, por consecuencia, se encuentre fuera del control de la suprema autoridad eclesiástica.

(«Journal des Nations», Ginebra, 28 octubre 1937.)

La «Kultura» nazi

BERLIN. — Esta mañana ha sido cumplida la pena capital dictada por «alta traición» contra Bernhard Sander.

El condenado, siguiendo la costumbre «nazi», fué decapitado con hacha. — FABRA.

El penal de Burgos

En la barriada de Santa Agueda, una de las más típicas y desde luego la más antigua de Burgos, junto al histórico templo de Santa Gadea, donde el Cid recibiera el juramento al monarca Alfonso VI, alzóse el antiquísimo presidio conocido hoy con el nombre de Prisión Provincial.

Es un caserón de piedra, viejo y destartado, al que presta acceso una vetusta escalinata, desde el callejón estrecho.

Todo él es lóbrego y oscuro, y en su interior, solamente los modernos despachos habilitados para dirección y oficinas ofrecen aspecto habitable; la humedad, terrible sobre todo en su planta baja, da a la vieja mansión aire de torre novelesca o de sepulcro.

Había en Burgos, hasta hace poco tiempo, otra prisión aún más antigua, pero se derribó recientemente ante el inminente peligro que presentaba de un fatal derrumbamiento.

La República dotó a esta ciudad de un magnífico establecimiento penitenciario. Situado en las afueras de la ciudad, en una vasta planicie, el moderno penal, yergue sobre el campo pardo su silueta airosa.

No existe edificación alguna en sus inmediaciones, ni en sus cercanías loma o altozano alguno que le oculte a la vista en una considerable extensión de terreno. Azotado día y noche por los vientos descendentes de las lejanas sierras de Fredilla y Pancorbo, parece inmenso e inmóvil buque, sobre la llanura, mar de Castilla.

Se llega a él por un solo camino, no siempre en buenas condiciones, pues la lluvia y los temporales le hacen intransitable en ciertas épocas; cuando esto sucede, las brigadas de presidiarios salen en plena borrasca a reparar los daños causados y a hacer factible, en trabajo agotador, la comunicación de ese islote con la ciudad.

El Penal, desde el punto de vista arquitectónico, es un cuadrilátero amurallado en su exterior, formado de diversas piezas o alas independientes, unidas por pequeños patios y jardines y con un patio grande interior cuadrado y enlosado.

En el edificio primero externo, se han instalado además de las oficinas, las viviendas de los empleados: las alas laterales encierran la enfermería y los talleres y en las naves uniformes del fondo se hallan las celdas dormitorios y los comedores en la planta baja.

El sistema punitivo en él seguido es el mixto del celular y de los grandes patios y talleres en común.

Había oído hablar elogiosamente del Penal nuevo de Burgos, y verdaderamente no había sido falsear el elogio, pues tanto por su construcción y capacidad como por los elementos modernos en él instalados, puede considerársele como uno de los mejores de España.

No tardé muchos días en conocerle a la perfección, pues uno de los primeros asuntos judiciales en que intervine fué el de un plante o revuelta que allí hubo, en el mes de febrero del año 1935.

Hallábanse a la sazón cumpliendo condena, además de los presos por delitos comunes, en número elevado, unos ochocientos o novecientos detenidos gubernativos y presos sociales, condenados o procesados por su intervención en la revolución asturiana de octubre de 1934. Entre ellos, se hallaba en el Penal, cumpliendo su condena de treinta años, el líder socialista y «generalísimo» de aquel movimiento González Peña.

El director, un hombre arisco e inteligente, Julian Peñalver, republicano antiguo, que gozaba de pocas simpatías en la población burgalesa, había llamado al Juzgado por teléfono y dado noticia del suceso. Inmediatamente nos constituímos para la práctica de diligencias.

El conflicto pudo revestir caracteres gravísimos, pero había sido solucionado; los presos de la galería de «comunes», hacinados por la aglomeración de preventivos y gubernativos, habíanse amotinado, por las crueldades que cometían algunos guardianes y en especial uno de ellos apodado «El Maño», al que dieron muerte en la revuelta. «El Maño» era un antiguo preso, famoso por su matonismo y crueldad para con los detenidos, de la que se jactaba continuamente.

Después de haber dado muerte a «El Maño», los presos en actitud levantisca, dirigieron hacia el despacho del director, obligando a los oficiales y guardianes a dejarles paso, pero sin hacerles daño alguno.

El director intentó calmarles y les ordenó se retiraran a las celdas a lo que ellos se negaron. La excitación aumentaba y el director, viéndose desobedecido y en peligro, llamó a la guardia exterior e iba a requerir su entrada en el patio, donde se ha-

llaban los presos, cuando González Peña, que tenía gran prestigio entre los presos y se hizo cargo del peligro que corrían les dirigió la palabra:

«Campaneros, cesad en esta actitud—dijo enérgico—. ¿No comprendéis que si seguís así, la guardia exterior os ametrallará sin compasión? Dejad al director, ha sido bueno para todos nosotros y no debéis hacerle nada.»

Su voz, recia y dura, de minero, de hombre de masas, aquietó a los más excitados.

—No hagáis caso—decían algunos—, ahora nos maltratarán por la muerte del «Maño». Apoderémonos del director y de los oficiales y los tendremos como rehenes.

—¡Atrás!—dijo González Peña, imponiéndose autoritario, seguido de varios preventivos incondicionales—, no hemos de consentir hacer daño alguno a los oficiales, que se portan bien con vosotros. «El Maño» ha muerto, pero yo, lo mismo que el director aquí presente, os prometemos decir la verdad sobre sus actuaciones y sus crímenes, y no habrá represalias, seguramente; pero tenéis que abandonar esta actitud. ¡Me dáis lástima, desgraciados! ¿No veis que la guardia exterior y los refuerzos os destrozarán sin compasión? ¿No veis que estáis sin armas y a merced de ellos?»

Aquellas palabras sensatas y la actitud decidida de aquel hombre que se había jugado, noble y valientemente la vida en la revolución, convencieron a todos; los presos en silencio se retiraron a sus galerías y el orden se restableció sin dificultad alguna.

Pocos momentos después, llegaban a la prisión varias camionetas con fuerzas del ejército y guardias de asalto para sofocar la revuelta con órdenes severísimas. Restablecida la calma completamente, empezábamos a actuar nosotros; las declaraciones primeras de González Peña, del director y de los oficiales, confirmaron todas, junto a la maldad y conducta cruel del guardián muerto, la nobleza, aún en plena indisciplina, de los presos, que pudieron disponer de sus vidas en aquellos momentos.

Recuerdo que González Peña, en un inciso de su declaración nos dijo: «No deseo la muerte a nadie, pero ese «Maño» era un infame y un sádico y nada se pierde con su muerte».

El triunfo electoral de los izquierdas y la amnistía consiguiente para los delitos políticos, liberó a la mayoría de los presos sociales y gubernativos.

Todos, al serles notificada su liberación, se expresaban ante nosotros con gran corrección en su alegría y entusiasmo. No olvidaré nunca las palabras que González Peña, a quien no volví a ver desde entonces, pronunció en la puerta de su celda en aquel momento de su libertad, ante el fiscal don Luciano Suárez Valdés, el juez de instrucción y otros personajes.

Alguien expuso a González Peña que tendría ocasión de vengarse, toda vez que había sido nombrado diputado y ocuparía, sin duda, algún alto cargo.

—Nosotros—repuso tranquilamente el aludido—, salimos de aquí sin ánimo ni deseo alguno de venganza. Ya saben ustedes lo que he sido calumniado y perseguido; he pasado por una condena a muerte; pues bien, no tengo afán alguno persecutorio o vengativo. Mi único propósito es olvidar lo personal y dedicarme con alma y vida a mejorar la situación social y laborar por nuestro país, ¡que falta hace!

Aquellas palabras de González Peña, que aún vestía el pardo uniforme de presidiario, pero que era ya diputado, libre, y futuro personaje de la situación, causaron en mí y en todos los que le oían, una impresión enorme. No las olvidaré nunca, como tampoco olvidaré la forma en que la sociedad oficial y burguesa, allí representada, respondió, poco tiempo después, a aquellas palabras cordiales y propósitos nobles del minero asturiano.

El Penal, construido para novecientos presos aproximadamente, ha albergado durante la rebelión a más de tres mil diariamente. La vieja prisión de Santa Agueda, habilitada para doscientos, ha tenido un promedio diario de mil, entre sus plantas y fosos.

El hacinamiento y mal acondicionamiento de ésta y la aglomeración de presos en el nuevo penal, revistieron caracteres gravísimos.

Pero lo verdaderamente trágico, tanto en uno como en otro, visitados frecuentemente por mí, era la angustia mortal en que, faltos de toda garantía, a merced de odios personales o pasiones políticas, los desgraciados presos veían pasar sus días de de-

tención en anhelante y temerosa espera, en ardiente incertidumbre de su destino.

Las ejecuciones sin formación de causa alguna, fueron numerosísimas. Cada noche, cada madrugada, eran sacados de sus celdas y entregados a los portadores de listas fatídicas, varios desgraciados.

Los «designados» montaban esposados, de dos en dos, en los autobuses preparados y en siniestra peregrinación, eran conducidos al lugar de ejecución.

En una de las primeras expediciones fué conducido el propio ex director del penal, Julian Peñalver, acusado por sus perseguidores, de izquierdista y de masón.

Fué sacado de su propio domicilio anejo a la prisión, entre los lamentos y lloros familiares, y yo he oído a uno de sus ejecutores comentar la cara de terror de la víctima al darse cuenta de su trágico fin. Tenía el pobre hombre cinco criaturas que la piedad de los compañeros sostenían después de su desaparición, y los cinco pequeños, ponían su nota dramática, jugando a los «soldados» en la puerta del penal, disfrazados con el uniforme que dió muerte a su padre. El perverso instinto de alguien exigió de la viuda, para mantenerse en aquella mirada oficial, aquel atuendo para sus hijos.

Anecdótico interminable el de este penal. Como caso destacado, señalaremos la ejecución de sesenta y seis presos de Miranda.

El día anterior me hallaba en el penal casualmente y fui invitado por el director interino para presenciar el suceso.

Rechacé la amable invitación, pero no pude evitar, en mi siguiente visita, que me contara él mismo los detalles.

Dichos condenados a muerte llevaban varios días enterados de su suerte. Después de varios aplazamientos, que aumentaron sus torturas morales y concentrado un servicio extraordinario de vigilancia, pues los familiares vagaban por las cercanías del penal, los encartados, sesenta y seis socialistas e izquierdistas de Miranda de Ebro, colocados en habitaciones separadas, fueron presenciando los preparativos.

Uno de ellos, abogado muy conocido de Miranda, tuvo en sus últimos momentos una aguda crisis y solicitó confesión, mostrándose arrepentido de sus errores y de su vida. Tal vez creyera mitigar así su suerte.

A las cuatro de la mañana, y en grupos de veinte, fueron sacados e internados en una zanja abierta, a la salida del penal, que era el lugar ya invertido para las ejecuciones. Los fusileros, en número de cuarenta, se colocaron a ambos lados de la zanja y desde allí dominándoles, les acibillaron a balazos.

Recogidos los cadáveres de aquellos veinte, pasaron otros tantos que habían estado preparados y recogidos, cediendo el sitio a los restantes; pasó el último grupo, que, por ser algo más numeroso, ofreció mayores dificultades. Los últimos ejecutados, se colocaron pisando la sangre derramada por los anteriormente caídos.

El encargado del establecimiento, que me relataba la escena, me afirmaba que él mismo, apenado de aquellos desventurados, les facilitaba en una bota de gran tamaño, vino en abundancia, bota que ellos ansiosa y febrilmente pasaban de mano en mano y se arrancaban unos a otros buscando en la inconsciencia del alcohol un lenitivo para su tortura y desesperación.

Procuré, desde entonces, ir poco por el Penal, temeroso de verme obligado a asistir a alguno de aquellos espectáculos; pero en el mes de marzo, un sumario nuevo e importante me obligó a visitarle con frecuencia.

El inspector de Prisiones nos había remitido una denuncia sobre ciertas irregularidades cometidas, según él, por funcionarios del Penal en relación con el dinero de los presos.

En síntesis, la denuncia decía que a los presos «puestos en libertad» (los que en las listas fatídicas salían para ser ejecutados), no se les había liquidado sus ahorros o el dinero que les pertenecía, si bien se hacía figurar así en los libros correspondientes.

Hay que tener en cuenta, que a todo preso o detenido al entrar en el Penal, se le retiraba el dinero y las alhajas, haciéndose cargo de ello la administración del establecimiento; dicho dinero se le computaba en tickets o vales y solamente al ser libertado o trasladado, se le liquidaba y devolvía el metálico recogido.

Según la denuncia, los empleados del Penal, al

(Continúa en la página siguiente)

salir «libertados» aquellos desventurados presos, hacían figurar la entrega del dinero, pero se quedaban con ello, lucrándose, como lo demostraba el no estar firmados los correspondientes recibos.

La acusación era gravísima; con un fondo inhumano repugnante, de ser cierta, y en todo caso rozaba cosas delicadísimas, que en modo alguno podían hacerse públicas, pues era dar estado oficial a las trágicas desapariciones.

Aquel sumario nos ocasionó disgustos y preocupaciones sin cesar; estábamos convencidos todos de la falsedad de aquellas acusaciones, pues conocíamos a las personas envueltas en ellas y su honradez, pero se trataba de una habilidad para buscar sanciones contra algunos empleados del Penal, que no mostraban el «tacto y energía» convenientes, y había que tramitar la denuncia.

Entre las mallas del sumario aquel prevaleció la honradez de los empleados del Penal, pero también la cruda verdad de los horrores cometidos por otros elementos.

La realidad era que los empleados se veían imposibilitados de hacer los saldos a los «libertados», pues eran sacados precipitadamente y a horas extrañas. Llorosos unos, desesperados otros, los contables se veían imposibilitados de hacer con ellos liquidación alguna; por otra parte la fuerza que les conducía tampoco quería dilaciones ni retardos. Alguno de aquellos condenados a quienes intenta-

ron entregar el dinero se lo arrojó con desprecio diciendo «que se lo dieran a sus asesinos».

Los encargados del Penal, al día siguiente de las «libertades» llevaban el dinero, si no había una viuda o familiar a quien entregárselo, a la suscripción abierta para el «Glorioso Ejército» así como las alhajas no recogidas, con el nombre de X X, o de un «entusiasta desconocido»; en comprobación de esto pude ver algunos casos concretos y confrontados.

Aquellos empleados eran adictos al movimiento militar, pero incapaces de apropiarse de aquel dinero, y así quedó acreditado en el sumario, pero... investigaciones posteriores, nos convencieron de que los autores de tales robos eran los mismos elementos armados o patrullas que se encargaban de las ejecuciones.

Quedó plenamente probado que tales elementos no se conformaban con quitar la vida a los reos, sino que después de muertos les registraban y se apoderaban de lo que llevaban encima. Por esto en los cadáveres que levantábamos jamás aparecía cantidad, ni joya o alhaja alguna...

Aun en los que sacaban directamente del Penal, y que por tanto no llevaban dinero encima, se apoderaban los ejecutores de sus tickets y vales, y se presentaban con ellos en la Administración del Penal al siguiente día, para su canje y efectividad por el metálico que representaban.

Por eso los cadáveres aparecían con el tenedor la cuchara y el plato metálico del Penal, pero pocos... muy pocos, conservaban en sus bolsillos aquellos vales o cartones de la Administración y lo cierto es que sus importes se cobraban...

¡Sinistra visión e historia, la del Penal de Burgos! Desde el 19 de julio todos los presos allí ven en continua zozobra e inquietud, por su vida y basta una llamada a uno de ellos, para llenar congoja su alma. Así me lo confesaban cuando me obligaban de mi cargo, tenía que llamarles en celda, para alguna notificación o firma sin importancia. «¡Don Antonio! ¡Qué miedo he pasado—me decían—creí que me llamaban!»...

Y es que todos han visto cómo sus amigos compañeros eran llamados un día para no volver. El sufrimiento de aquellos presos es el más espantoso, el de la incertidumbre y tortura moral, cien veces más horrible que el maltrato material, el sufrimiento lento y continuo de no saber cuando ni cómo pueden ser ejecutados por un enemigo personal o político.

¡Estas noches del Penal! Esas interminables noches de tortura, oyendo a intervalos el ruido de las descargas cercanas, y con el espíritu entre la vida y la muerte...

Penal de Burgos. ¡Penal de Burgos!
(Del libro «Doy fe...», original de Antonio Ruiz Vilaplana.)

La marcha sobre Europa

Por Manuel Humbert

Comienza el año 16 del imperio italiano. Mussolini celebra la marcha sobre Roma, que el 28 de octubre de 1922 le dió el Poder. Celebra, en realidad, una leyenda, ya que ese acontecimiento heroico nunca tuvo efecto. A los dictadores no les gusta que les nombren la verdad histórica. Para conmemorar el acontecimiento fascista, ha llegado a Roma una delegación nacionalsocialista presidida por Rudolf Hess. Es una prueba de la amistad italogermana.

Del marco de legalidad pasó Mussolini al marco de la ilegalidad revolucionaria fascista. Este cambio fue originado por la actitud de las masas, que cada vez se alejaban más de él. Conservo vivo el re-

cuerdo del primer aniversario de la marcha sobre Roma, celebrada antes por Mussolini con un viaje triunfal al norte y al centro de Italia. En todos los lugares se detenía para celebrar tan señalado día, y pronunciaba discursos.

Era medianoche en Florencia. La Piazza Signoria fué adornada para que hablara el «duce». Los batallones de «camisas negras», obligados por el mando, aplaudían al dictador, pero la población de Toscana se mantenía en un silencio glacial.

El asesinato de Matteotti constituyó un gran golpe para el sistema fascista. Aún nos hallábamos en los tiempos en que un cadáver bastaba para despertar la conciencia mundial, que después ha permanecido

sorda y muda ante los asesinatos de españoles, ante los bombardeos aéreos sufridos por España y por China. Mussolini estuvo entonces a punto de caer. Pero los años siguientes vieron cómo aumentaba el sistema autoritario y el terror. En el fascismo embrionario de Italia estaban contenidos los medios que ha cultivado luego también el Tercer Reich: la isla de Lípári, sustituida por el campo de concentración, el aceite de ricino, por las celdas de la Gestapo.

Llegó la época en la que Mussolini, disfrazado de hombre de Estado, se presentó ante las democracias. El fascismo vestía en traje de gala. Entre gente fina, se solía oír el siguiente comentario: «Para Italia es el sistema mejor de Gobierno; los trenes marchan ahora con más regularidad. No hay mendigos». Hacíanse la ilusión de que

se había conseguido dominar la resistencia del pueblo, y en los años 33 y 34 estaba tan extendida esta opinión, que en Londres y en América decían a Hitler que aprendiera de Mussolini y fuera un poco más decente. «Con las persecuciones no hace usted sino perjudicarse».

La guerra de Abisinia reveló los métodos violentos del fascismo. Desde entonces no ha conseguido tener tranquilidad el dictador italiano. Una victoria no sacia el hambre, sino que despierta el apetito. Mussolini, que celebra hoy su marcha sobre Europa. Guíale el deseo de que el Mediterráneo vuelva a ser el bre Roma, sueña con su marcha so-

«amre nostrum».

En el campo económico tropieza Italia con las mismas dificultades que el III Reich conoce desde hace tiempo. Lo peligroso del estado del país llévale a las mismas solucio-

cionalesocialismo. El fascismo italiano es aventuradas que busca el no, que se vanagloriaba siempre su carácter propio, ha sido geminizado.

El Estado autoritario pasa a Estado totalitario.

De la marcha sobre Roma, a la marcha sobre Europa.

(De «Pariser Tageszeitung», 10 octubre de 1937.)

Aviones alemanes para Franco

HAMBURGO, 1-XI-37. — Desde el 14 de octubre transporta la sociedad «Sioman», de Hamburgo, aviones para los rebeldes españoles. Estos aparatos se encontraban en el «hangar» número 25 de la sociedad y estaban rodeados de alambradas espinosas. Los nombres de los buques cambiaban cada viaje.

Diez años de fascismo totalitario en Italia

Del libro del mismo título, original de Silvio Trentin

(Continuación)

No es fácil definir con seguridad las atribuciones de éste, puesto que están clasificadas entre las que se sustraen, por su misma naturaleza, a todo límite de prevención. Se puede decir que, en realidad, parecen revestir a la vez un doble carácter, deliberador y consultivo.

El Consejo delibera, al establecer la lista de diputados, al fijar los estatutos, las instituciones y las directivas del partido nacional-fascista, cuando nombra o destituye al secretario, a los subsecretarios y a los miembros de la directiva del partido.

Por el contrario, se limita a enviar avisos no desprovistos, sin embargo, de cierta fuerza apremiante,

...sobre todos los asuntos de carácter constitucional y, en particular, sobre cualquier proyecto de ley que se refiera a la sucesión al trono, al poder del rey y a las prerrogativas reales, al funcionamiento del Gran Consejo, al del Senado y la Cámara de Diputados, a las prerrogativas y atribuciones del jefe del Gobierno, a la facultad del Ejecutivo para emitir normas jurídicas, al ordenamiento de pago sindical y corporativo, a las relaciones entre el Estado y la Iglesia católica, a los tratados internacionales que implican mutaciones territoriales dentro de la circunscripción del Estado o de las colonias.

En realidad, no hay un solo acto que se refiera a la vida del Estado que, para conseguir su completa validez y su ejecución, pueda pasar sin el concurso del Gran Consejo. Esto parece evidente si reflexionamos que, por intermedio del Gran Consejo, el Partido fascista ha sido erigido en soporte efectivo y exclusivo de toda manifestación de vida

colectiva y, por lo tanto, en órgano condensador de la soberanía.

Estar sujeto al Estado, según los principios de la ley del 9 de diciembre, significa estar sujeto al fascismo, sin tener por esto otro derecho que no sea el de servir al Partido, puesto que éste ha de identificarse con sus partidarios. Se manifiesta como potencia autóctona, independiente, por consiguiente, de la voluntad de los destinatarios de sus órdenes, capaz de realizar por sí mismo sus actos, gracias a la actividad de un órgano dotado de prerrogativas «originarias».

Es, justamente, para marcar bien esta circunstancia, que la ley reconoce formalmente que a éste pertenece toda facultad de deliberación y todo poder de representación relacionado con el movimiento en que las fuerzas y los recursos del régimen se hallan organizados. En los términos del artículo 11, el Gran Consejo adquiere con este motivo una autoridad sin límites que le permite dirigir, según sus deseos, la vida del partido. Se deduce de esto que cualquier organización del Estado, que a su vez se apoya en el Partido, está sometida de jure a la discreción del Gran Consejo.

Sujeción al Partido de las grandes administraciones del Estado

Este conjunto de medidas orgánicas rigidamente encuadradas en un sistema coherente de expropiaciones progresivas de todos los focos de autonomía individual o colectiva sería suficiente para asegurar al partido la sujeción completa de las grandes administraciones del Estado.

En efecto, en algunos meses, haciendo uso pleno de los métodos más expeditivos de depuración y del ejercicio discrecional de los poderes especiales concedidos al Gobierno en materia de admisión en los empleos públicos y de reglamentación del personal de las diferentes clases y graduaciones, el fascismo no encontró obstáculos para poner en manos de sus hombres de confianza, la dirección y el control de cualquier función o servicio, en apoderarse, en una palabra, de todas las palancas que dirigen, hasta en sus menores detalles, el funcionamiento del Estado.

Además, para evitar cualquier sorpresa, no había olvidado a tomar algunas precauciones su-

plementarias, tales como: la supresión de garantías asegurando—en la estricta aplicación de un principio constitucional que ningún Gobierno había osado, antes, violar—la independencia de la Magistratura y de la Universidad (Ley del 24 de diciembre de 1925); el encuadramiento dentro de la burocracia del Consejo de Estado y del Tribunal de Cuentas con el fin de transformarlos en órganos colocados bajo la dependencia directa del Ejecutivo (decretos del 9 de enero de 1927 y del 13 de enero de 1927); la imposición a los miembros de la enseñanza superior de la obligación de prestar juramento de fidelidad al régimen fascista (decreto del 8 de octubre de 1931); atribución al Gobierno, con carácter exclusivo, de todo poder de iniciativa en materia judicial, de forma que le permita decidir a su placer y fuera de todo procedimiento justo, que el mismo pueda ser juzgado a la vez como crimen inminable hacia determinados ciudadanos o como un acto perfectamente lícito o sea, loable para otros (artículo 13 del Código penal); la amnistía largamente concedida a los llamados crímenes «nacionales»; la constitución fuera de los cuadros de la magistratura ordinaria de una magistratura de trabajo, encargada de velar por que la interpretación de la ley fascista no puede nunca servir de pretexto para aflojar los vínculos que obligan al proletariado a servir los intereses del partido; la creación de una milicia nacional voluntaria para la defensa del Estado.

El rey elevado a la categoría de gran maestro de ceremonias

¿Qué faltaba aún para calmar cualquier aprensión? ¿Ajustar las cuentas a la corona? Pero, todavía en este caso, no habiendo desdeñado sustituir su papel por el de cómplice, el fascismo había limpiado a tiempo el terreno, de todo obstáculo.

El rey de Italia dejó de ser constitucionalmente Jefe de Estado el mismo día en que todos los poderes del Estado se concentraron en manos del Gran Consejo. Con relación a la corona, el Gran Consejo goza, en efecto, de una autonomía completa, no teniendo el rey ningún medio o su disposición para influir directa o indirectamente sobre su funcionamiento.

(Continuará)